

LA MODERNIZACIÓN SOCIAL DE LA VEJEZ EN ESPAÑA

SOCIAL MODERNIZATION OF SPANISH OLD AGE

JUAN LÓPEZ DOBLAS jdoblas@ugr.es

Universidad de Granada. España

MARÍA DEL PILAR DÍAZ CONDE mpdia@ugr.es

Universidad de Granada. España

RESUMEN

En este artículo se reflexiona sobre un aspecto que suele pasar desapercibido en los análisis sociológicos sobre destradicionalización y cambio social: el relevante papel que en este proceso desempeñan las personas mayores, quienes están abandonando actitudes y comportamientos muy arraigados en la sociedad española y desarrollando, en su lugar, formas de pensar y actuar plenamente modernas. Esta tendencia se refleja bien en sus estilos de vida. Aplicando una estrategia metodológica plural (análisis de datos secundarios y grupos de discusión), vincularemos el auge de los hogares unipersonales con la modernización social producida en el mundo occidental y de la que participan, no solo la población juvenil y adulta, sino también la longeva. La expansión de la vida en solitario obedece al reclamo de autonomía de unos individuos, los de edad avanzada, decididos como nunca a gestionar su destino y a evitar delegar en nadie la determinación del cómo vivir.

PALABRAS CLAVE

Autonomía; Destradicionalización; Independencia residencial; Personas mayores; Viudedad.

ABSTRACT

This paper tackles an issue somehow overlooked in sociological analysis of detraditionalization and social change: namely, the important role played by older persons in both processes. Older persons are leaving attitudes and behaviors deeply rooted in traditional Spanish society; moreover, they are developing completely modern ways of thinking and doing, as it is reflected in their life styles. Through a mixed methodological strategy—including secondary data analysis and focus groups—we argue that the growing number of unipersonal homes linked to social modernization in the Western world affects not only to youth and adults but to elder headed homes too. More and more older persons decide to live alone because they claim greater autonomy and they are committed as never before to manage their own destiny and to avoid that anyone else decides on their behalf how they should live their lives.

KEYWORDS

Autonomy; Detraditionalization; Independent Dwelling; Older Persons; Widowhood.

INTRODUCCIÓN

Una cuestión de sumo interés para la sociología son las relaciones intergeneracionales que se desarrollan en un contexto familiar sometido a profundos cambios (Antonucci *et al.* 2011; Monserud 2008; Bengtson 2001). Entre otros aspectos se ha destacado que en los países occidentales los miembros de las distintas generaciones coexisten cada vez durante más tiempo, merced a la creciente esperanza de vida, pero conviven menos (López Doblas y Díaz Conde 2009). Residen de manera independiente, razón por la cual viene disminuyendo el porcentaje de personas mayores en hogares plurigeneracionales. Es algo constatado tanto en Europa (Grundy, Murphy y Shelton 1999:19; Attias-Donfut y Renaut 1994:31) como en Estados Unidos (Elman y Uhlenberg 1995:502; Kramarow 1995:336); y también en Japón, donde la familia tradicional ha tenido siempre una honda implantación (Inoue 1997:236). El objetivo principal del artículo es el análisis en España de esta independencia residencial en auge, según la concibe uno de sus actores sociales, las personas mayores de 65 años. Nos centraremos en la situación de aquellas que están viudas y que, frente a la costumbre de mudarse con familiares, continúan en su hogar viviendo solas.

Como el resto de sociedades, también la española viene registrando durante las últimas décadas una expansión de hogares unipersonales en la vejez (Requena 1999:52; Díez Nicolás 1997:150; Valero 1995:97). Sorprende que ello ocurra a pesar de que, dentro del segmento de población de 65 años o más, aumenta la proporción de personas casadas y disminuye la de viudas (estas, potenciales habitantes en solitario), gracias a la mejora de las expectativas de vida. Cada día resulta más frecuente la vida en pareja así como la solitaria, tendencias ambas que se producen a costa de la convivencia entre generaciones. Nuestra hipótesis es que el incremento de los hogares unipersonales no es indicador de crisis familiar sino exponente de un cambio social impulsado por las personas mayores: desean regir ellas mismas su destino y no delegar en nadie la toma de decisiones sobre lo que les atañe. Ligamos así sus actitudes y sus comportamientos con la modernización social. Ser longevo ya no implica portar fielmente la tradición; supone, mucho más, ejercer como agente de un cambio social reflejado en los estilos de vida de los individuos.

Siguiendo la recomendación de especialistas en la teoría y el método de la sociología (Beltrán 2005:51; Ortí 1999:90; Alonso 1998:43), nuestro objeto de estudio será tratado desde diferentes enfoques, aunando las dimensiones cuantitativa y cualitativa bajo una estrategia de “complementación” metodológica (Bericat 1998:108):

Aplicando el método cuantitativo se analizan datos secundarios a fin de constatar el descenso de la tasa de viudedad y el avance de la forma de vida solitaria entre las personas mayores. La fuente de información consultada es el Instituto Nacional de Estadística (en adelante, INE) y, dentro de ella, el *Censo de Población*, el *Padrón de Habitantes*, *Indicadores Sociales Básicos* y la *Encuesta de Población Activa*.

En segundo lugar, dentro del método cualitativo, se emplea la técnica del grupo de discusión para interpretar cómo conciben la vida en solitario quienes la desarrollan. El objetivo es obtener una visión comprensiva del fenómeno, para lo cual se analizan los materiales de campo del estudio *Las personas mayores que viven solas*, financiado por el Instituto de Mayores y Servicios Sociales (Imsero) y realizado en 2009 en España¹. En su diseño se efectuó un muestreo estructural, basado en el sexo, el hábitat y la diversidad regional. La selección estratégica de grupos motivó el siguiente “casillero tipológico” (Valles 1997:93):

	VARONES		MUJERES	
	RURAL	URBANO	RURAL	URBANO
ASTURIAS	GR1	GR2	GR3	GR4
ANDALUCÍA	GR5	GR6	GR7	GR8

En total se realizaron ocho grupos de discusión², siguiendo las directrices de Ibáñez (2003:294) en cuanto a su formación y a su moderación. Atendiendo por otro lado al consejo de Bourdieu (1993:1416), fueron transcritos de inmediato a fin de procurar la mejor calidad posible de la información recogida. Luego se procedió a ordenar los materiales de campo hasta encontrar, de manera inductiva, las categorías y los conceptos teóricos centrales. Se utiliza una estrategia de análisis basada en la *Grounded Theory* o Teoría Fundamentada en los Datos, formulada por Glaser y Strauss (1999:3). Se generan propuestas teóricas fundadas sobre el terreno, es decir, extraídas de las informaciones cualitativas obtenidas y que se ilustran con algunos fragmentos de los textos transcritos. El desarrollo de este análisis comprensivo ofrecerá resultados que permitirán, en su fase última de discusión, vincular nuestro objeto de estudio con enfoques teóricos generales que dan cuenta de la realidad social.

¹ Investigadores: Juan López Doblas y María del Pilar Díaz Conde.

² Más detalles:

· GR1 (Moreda), 9 participantes: 7 viudos, de 74, 77, 80, 84, 84, 85 y 92 años; 1 separado de 69 y 1 divorciado de 73.

· GR2 (Gijón), 8 participantes: 6 viudos, de 70, 74, 78, 79, 90 y 95 años; 1 divorciado de 81 y 1 soltero de 80.

· GR3 (Coaña), 6 participantes, todas viudas; edades: 70, 70, 73, 77, 84 y 85 años.

· GR4 (Oviedo), 10 participantes, todas viudas: 71, 71, 73, 73, 76, 77, 77, 78, 81 y 90 años de edad.

· GR5 (Nerva, Huelva), 8 miembros: 6 viudos, de 66, 74, 76, 80, 80 y 83 años; 1 soltero de 76 años y 1 separado de 68.

· GR6 (Almería), 6 participantes: 4 viudos, de 69, 73, 83 y 84 años; 1 soltero de 75 y un divorciado de 72.

· GR7 (Ronda, Málaga), 11 participantes: 10 viudas, de 71, 72, 74, 75, 75, 78, 78, 78, 81 y 83 años; y 1 soltera de 63.

· GR8 (Sevilla), 10 miembros: 6 viudas de 72, 76, 76, 78, 80 y 81 años; 2 solteras, de 75 y 76; 1 separada de 75 y 1 divorciada de 68.

EXPOSICIÓN DE RESULTADOS

Durante el último siglo la esperanza de vida al nacimiento ha registrado en España un alza extraordinaria: si en 1900 era inferior a 35 años, en 2009 se sitúa en 81,58³. Tanta ha sido la supervivencia ganada que el número de habitantes mayores de 65 años sobrepasa ya los ocho millones: 8.092.853 según el Padrón Municipal a 1 de enero de 2011 (INE), lo que representa el 17,20% de la población. Sea en cifras absolutas o relativas, el envejecimiento demográfico muestra niveles muy elevados.

Sin embargo, es algo que suele interpretarse negativamente, alertándose de los problemas que su avance genera sobre la economía pública. Varios gobiernos occidentales acaban de decidir retrasar la edad legal de la jubilación, de hecho, cuestionando si en un futuro se podrá afrontar el gasto en pensiones y en sanidad que precisarán las personas mayores, máxime cuando las proyecciones auguran que la población seguirá envejeciendo, y a un ritmo superior, conforme las generaciones del llamado *baby boom* vayan jubilándose (Del Barrio y Abellán 2009).

Se difunde, tanto por parte de los medios de comunicación como, a veces, del discurso científico, una imagen del envejecimiento como carga social. Además, tiende a hablarse de las personas mayores como seres pasivos, anclados en la tradición y faltos de atractivo y de utilidad social. Esta visión fatalista del fenómeno, sin embargo, suele ignorar que, lejos de carecer de iniciativa o de anquilosarse en sus actitudes y sus comportamientos, se adaptan a los nuevos tiempos como las de cualquier otra edad. Es lo que están haciendo en la actualidad, en efecto, encajar en la modernidad social y contribuir a su desarrollo como las que más. Es algo que queda patente en el análisis sociológico de sus formas de convivencia.

Crece el porcentaje de personas mayores que viven solas

En España el envejecimiento demográfico se aceleró desde finales de los años setenta, momento en el que, de otro lado, la institución familiar comenzaba a mostrar un intenso proceso de cambio (Meil 1999:181; Iglesias de Ussel 1998:43). Sus consecuencias han sido mayúsculas: creciente inserción laboral de la mujer, aumento de la edad media tanto al matrimonio como a la maternidad, caída de la fecundidad, incremento de las uniones de hecho y de los nacimientos fuera del matrimonio, alza del divorcio, etc. Pues bien, otra importante manifestación de ese cambio, pero que no ha sido suficientemente considerada dentro de la sociología, apunta al modo en que se relacionan las generaciones, ya que ha ido creciendo el deseo de mantener estilos de vida independientes. En lo que respecta a las personas mayores, esta voluntad se refleja bien en sus pautas de convivencia: prefieren seguir en casa, aun debiendo vivir solas si enviudan, en lugar de mudarse con familiares como se hacía tradicionalmente (Sánchez Vera *et al.* 2009:70; López Doblás 2005:109).

³ Fuente: Instituto Nacional de Estadística, *Indicadores Demográficos Básicos*.

Elo explica la expansión que vienen registrando los hogares unipersonales en las edades avanzadas. De los casi siete millones de habitantes de 65 años o más que se censaron en 2001, vivían en solitario 1.358.957, es decir, el 19,53%. En 1991 representaban el 16,17% y en 1981 menos del 14%. En este par de décadas la cifra total de personas mayores ha crecido en España un 64,24%; la de quienes residen solas, el doble (tabla 1). Y conviene añadir que la *Encuesta de Condiciones de Vida de las Personas Mayores* de 2006 (estudio n.º 2.647 del Centro de Investigaciones Sociológicas) eleva el porcentaje de personas mayores solas hasta el 21,40%. Llama la atención que tan importante avance se haya producido pese a que la incidencia de la viudedad se ha reducido significativamente.

Importante retroceso de la viudedad, desplazada a las edades muy avanzadas

En España se encuentran casadas un porcentaje de personas mayores que duplica al de viudas: el 62,21% frente al 29,12%; aparte, alrededor del 6% están solteras, y del 2,50% separadas o divorciadas. Son datos de la *Encuesta de Población Activa* (INE) para el tercer trimestre de 2011. Nunca antes la relación de habitantes viudos más allá de los 65 años había sido tan escasa: era del 30,89% en 2001, del 36,74% en 1981, del 43,55% en 1960 y del 47,16% en 1950. La reducción de la viudez ha conllevado la expansión de la vida matrimonial, de modo que la proporción de personas mayores casadas, que hacia mitad del siglo XX era del 43,55%, ha mantenido desde entonces una firme trayectoria ascendente: el 46,07% en 1960, el 51,24% en 1981, el 59,71% en 2001 y el citado 62,21% en 2010. Disminuye además la soltería, mientras que las separaciones y los divorcios, dentro de su escasez estadística, ganan terreno (Gráfico 1). Hoy día –recalamos el hecho– por cada persona mayor viuda existen dos casadas, mientras que en el pasado los casos de viudez llegaron a ser más abundantes que los matrimoniales.

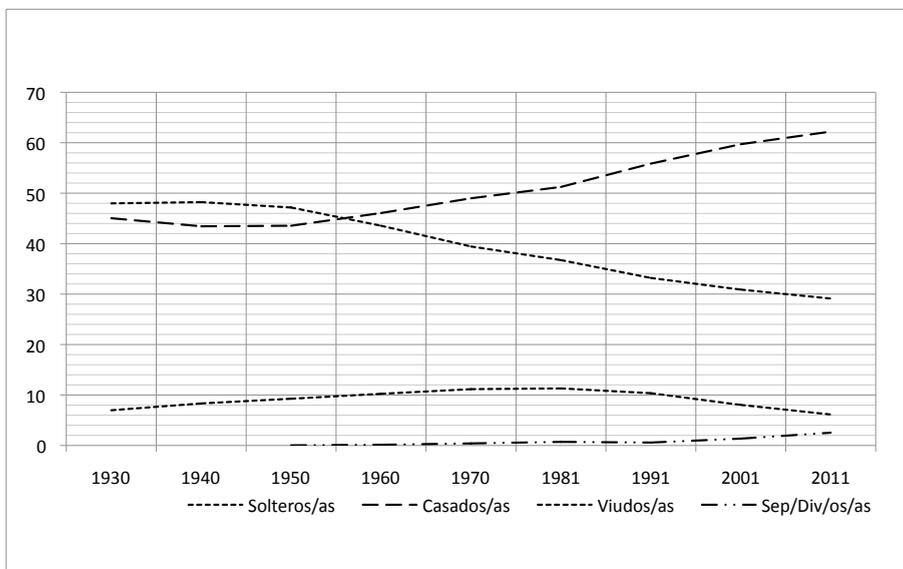
Tabla 1.
Incremento de las personas mayores viviendo solas en los últimos censos de población realizados en España.

Censo	Personas con 65 o más años de edad	De ellas viven solas...	
		(N)	(%)
1981	4.236.725	589.621	13,92
1991	5.370.252	868.273	16,17
2001	6.958.516	1.358.937	19,53
Incremento 1981-2001	2721.791 (64,24%)	769.316 (130,48%)	

Fuente Elaboración propia, con datos del INE.

Gráfico 1.

Evolución del estado civil de las personas mayores en España desde 1930.



Fuente: Elaboración propia, con datos del INE sobre los Censos de Población de 1950 a 2001 y la Encuesta de Población Activa del III Trimestre de 2011. Hasta 1950 el INE no ofrece información sobre separaciones y divorcios.

La defunción del cónyuge, inevitable dado el momento, se está retrasando cada vez más. Antes sorprendía a la gente fuese joven, adulta o vieja; ahora, sin embargo, parece un suceso extraordinario si ocurre previamente a la jubilación. De cuantas personas había viudas en 2001, en efecto, solo el 15% tenía menos de 61 años de edad. Se ha convertido en raro lo que antaño era normal, ya que hasta 1920 ese porcentaje superó el 50% y aún en 1950 se elevaba sobre el 40%. La viudedad prematura posee una incidencia mínima, o, dicho con otras palabras, jamás las situaciones de viudedad se habían concentrado tanto en las edades muy avanzadas: en 2001, el 28,58% de las personas viudas tenía 81 o más años, valor que dobla al registrado tres décadas antes y que hasta mediados del siglo XX fue poco relevante (tabla 2).

También la *Encuesta de Población Activa*⁴ revela que, en 2011, apenas el 12,02% de los casos de viudez corresponden a personas menores de 60 años, mientras que

⁴ El INE, al ofrecer datos sobre el estado civil en la *Encuesta de Población Activa*, no distingue por edad a partir de los 70 años.

Tabla 2.

Distribución de las personas viudas, por categorías de edad, en los censos de población realizados en España desde 1900 (en sumas y porcentajes horizontales).

	TOTAL P.VIUDAS	HASTA 40		41 A 60 AÑOS		61 A 80 AÑOS		81 O MÁS AÑOS	
		(N)	(%)	(N)	(%)	(N)	(%)	(N)	(%)
1900	1.278.868	148.673	11,63	548.476	42,89	534.001	41,75	47.718	3,73
1910	1.314.014	137.108	10,23	550.404	41,04	593.001	44,26	59.965	4,47
1920	1.455.218	166.887	11,47	581.132	39,93	647.082	44,47	60.117	4,13
1930	1.565.371	136.577	8,73	588.266	37,58	751.253	47,99	89.275	5,70
1940	1.885.562	235.918	12,51	651.332	34,54	884.267	46,90	114.045	6,50
1950	1.965.041	138.619	7,06	667.945	33,99	1.008.716	51,33	149.761	7,62
1960	1.933.045	57.794	2,99	505.158	26,13	1.171.773	60,62	198.320	10,26
1970	2.019.945	56.491	2,80	453.489	22,45	1.226.557	60,72	283.408	14,03
1981	2.252.724	71.674	3,18	438.585	19,47	1.357.641	60,27	384.824	17,08
1991	2.397.375	50.462	2,11	369.154	15,40	1.385.786	57,80	591.973	24,69
2001	2.647.848	46.761	1,77	349.994	13,22	1.494.210	56,43	756.883	28,58

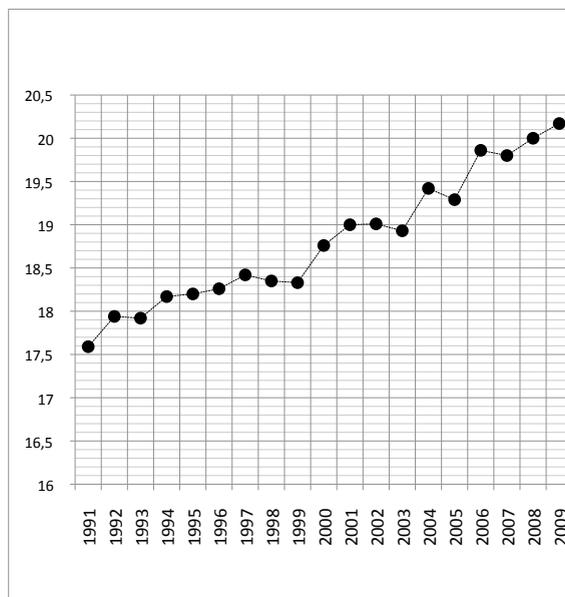
Fuente: Elaboración propia, con datos del INE.

el 70,85% a mayores de 70. Viudedad en retroceso, así es, y desplazada a las edades superiores. Son tendencias que proseguirán dada la magnífica evolución que dibuja la esperanza de vida. En 2009 la referida a los 65 años conquistó por primera vez en la historia de la población española los 20 años, cuando en 1998 era de 18,35 y en 1991 de 17,59 años (Gráfico 2). Este alza garantiza la duración creciente de la etapa matrimonial. La sostiene asimismo la evolución ascendente que sigue la esperanza de vida a los 80 años: si a finales del siglo XX se consolidó en torno a los 8,10 años, en el inicio del XXI ha vuelto a incrementarse hasta alcanzar en 2009 los 9,17 años, nuevo máximo histórico (Gráfico 3). España ocupa una posición privilegiada entre los países occidentales, y por ende a nivel mundial, en cuanto a la supervivencia humana (Vollset 2008).

Cuando llega la viudez, la vida solitaria gana terreno a la convivencia intergeneracional

Eventos tan especiales para las personas como la jubilación o el nacimiento de los nietos son conocidos cada vez más frecuentemente junto al cónyuge. Y aumenta también la cifra de quienes celebran sus “bodas de oro”. Pero insistimos en que, al tiempo

Gráfico 2.
Evolución reciente de la esperanza de vida a los 65 años.

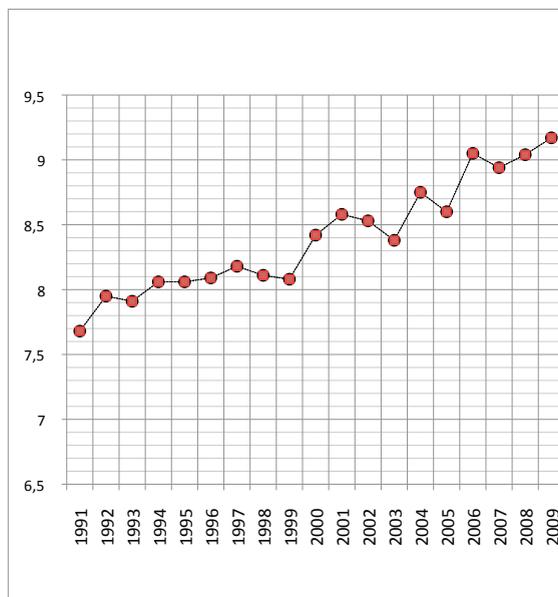


Fuente: Tablas de mortalidad de la población de España. 1991-2009 (INE).

que ello ocurre, entre las personas mayores viene expandiéndose otra forma de vida: la solitaria. La razón es que, aunque la etapa matrimonial es más duradera que nunca, cuando finaliza tienden a rechazarse modelos tradicionales de convivencia con familiares para reclamarse lo que Rosenmayr y Köckeis (1963) llamaron "intimidad a distancia", es decir, el mantenimiento de unos lazos estrechos con ellos pero primando la voluntad de mantenerse cada cual en su hogar. Es el sentimiento de estar próximos, apunta Kaufmann (1994:597), pero respetando una privacidad que no debe violarse.

Crece, en consecuencia, la independencia residencial entre las generaciones. En España, la proporción de personas viudas de 65 o más años viviendo solas alcanzó en el *Censo de Población* de 2001 el 48,53%, cuando en el de 1991 era del 38,80% (tabla 3). La referida *Encuesta de Condiciones de Vida de las Personas Mayores* de 2006 la eleva, asimismo, hasta el 50,30%. Los censos, al ofrecer una información mucho más amplia y detallada que esta última fuente (en la que fueron encuestadas 1191 personas mayores viudas), nos permiten realizar análisis desagregados por sexo y categorías de edad que ponen de relieve importantes tendencias (gráfico 4):

Gráfico 3.
Evolución reciente de la esperanza de vida a los 80 años.



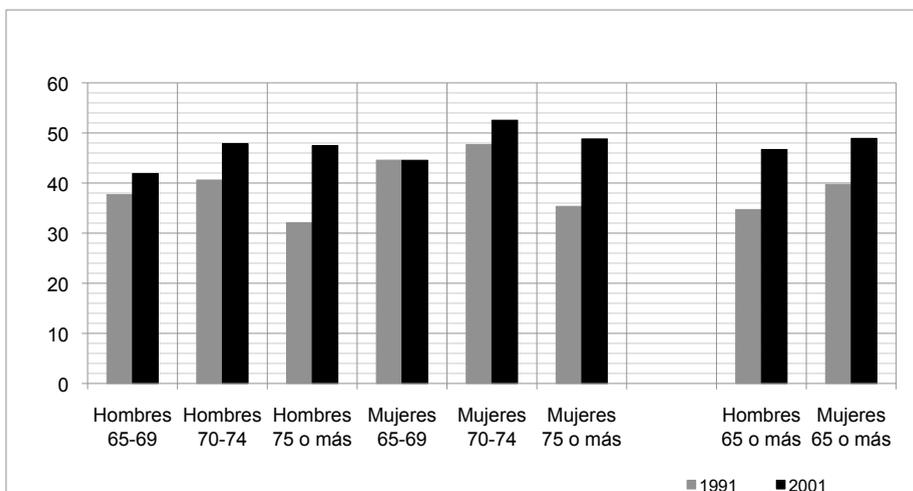
Fuente: Tablas de mortalidad de la población de España. 1991-2009 (INE).

Tabla 3.
Personas mayores viudas que viven solas, por categorías de edad.
Comparativa entre 1991 y 2001.

	65-69 años	70-74 años	75 y más	65 y más
Censo de 1991:				
Total personas viudas	323.403	362.669	1.046.739	1.732.811
De ellas, viven solas	140.191	168.623	363.456	672.270
Es decir, el..	43,35%	46,50%	34,72%	38,80%
Censo de 2001:				
Tota personas viudas	325.294	430.499	1.343.494	2.099.287
De ellas, viven solas...	143.422	222.785	652.575	1.018.782
Es decir, el..	44,09%	51,75%	48,53%	

Fuente: Elaboración propia, con datos del INE referidos a las personas residentes en viviendas familiares.

Gráfico 4.
Evolución reciente de la esperanza de vida a los 80 años.



Fuente: Elaboración propia, con datos de los censos de población de 1991-2001 (INE).

a) Por sexo, cabe destacar que la forma de vida solitaria progresa comparativamente más entre los viudos (si en 1991 correspondía al 34,71% de ellos, en 2001 al 46,70%) que entre las viudas (en 1991 la mantenían el 39,72% y en 2001 el 48,92%). En cualquier caso, cada vez más hombres y mujeres se decantan por seguir en casa tras enviudar, en lugar de convivir con familiares, ingresar en una residencia o adoptar cualquier otro modo de vida.

b) Por edad se advierten dos claras circunstancias. De un lado, en el grupo de 65-69 años la proporción de personas viudas solas apenas ha variado entre ambos censos, lo cual no implica una renuncia a la independencia sino que resulta del aumento que se ha producido de situaciones de convivencia con hijos sin emancipar. Esta convivencia responde a los problemas de orden laboral y económico de los jóvenes, que los obligan a demorar la constitución de su propia familia. Según Castro (1999:88), “han de acomodar el calendario matrimonial a un calendario profesional cada vez más tardío, derivado del alargamiento del período de formación y de la difícil entrada –y permanencia– en un mercado laboral cada vez más restringido, competitivo y precario”. Aparte, otro factor que contribuye a que no aumente a esta edad la vida solitaria apunta hacia otra clase de convivencia: la de personas viudas que cuidan del padre y/o la madre (octogenarios, nonagenarios o centenarios).

La segunda circunstancia resulta de máximo interés porque el grupo más longevo sí que registra una enorme expansión de la vida solitaria. Si en 1991 la mantenía alrededor de la tercera parte de las personas viudas mayores de 75 años (el 32,10% de los varones y el 35,35% de las mujeres), en 2001 casi la mitad (el 47,48% y el 48,81%, respectivamente). Está dejando de ser una forma de vida tan “extraña” como percibieron en su día Solsona y Treviño (1990:15). Probablemente, se están modificando actitudes y comportamientos con hondas raíces en la tradición. Ello exige que el análisis sociológico del fenómeno no se limite a la dimensión estadística sino que incorpore además la mirada cualitativa, es decir, un esfuerzo comprensivo. A tal fin, pasamos a interpretar los materiales de campo del estudio *Las personas mayores que viven solas*, presentado en la estrategia metodológica. Uno de los objetivos que perseguía es conocer las razones que impulsan este modo de vida, aunque también se abordaron asuntos tales como la valoración de otras formas de convivencia, las relaciones familiares, vecinales y sociales, la situación económica o el sentimiento de soledad, asuntos cuyo análisis en profundidad escapa a los objetivos y al espacio de este trabajo.

Razones para vivir en solitario rechazando la convivencia intergeneracional

¿Qué motivos encuentran personas mayores para vivir solas y no de otro modo? Uno esencial es la voluntad de envejecer en casa, voluntad que obedece en gran medida al cariño que sienten por la vivienda en la que quizás lleven décadas habitando. Según el *Censo de Población* de 2001, cerca del 70% de las personas mayores solas ocupaba un edificio construido hacía más de 30 años. Buena parte de ellas continúan en la misma vivienda que estrenaron al casarse, es decir, es un espacio que ha sido testigo del grueso de su trayectoria vital. Como refiere Ibáñez (2002:20), “la casa es el lugar privilegiado de enraizamiento del cuerpo en el mundo”:

Así que no, no, no, no. Mientras pueda, ahí en mi casa.

No, no, no, yo no me voy.

¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo en su casa?

¿Yo?, 45 años.

¿Y usted?

15.

Pues yo 55. *Casáme* y nos metimos en ella.

Yo estuve de alquiler y llevo treinta años en mi casa.

Yo cuarenta y... cuarenta y seis me parece que son, viviendo en la misma casa. Ahí vinimos... la compramos entre el marido y yo. Estuvimos viviendo ahí hasta que él murió y yo sigo ahí ahora (GR3:9).

Si, como dice Bourdieu (2000), en la vivienda se desarrolla un proyecto de reproducción biológica y social, tal proyecto, iniciado con su compra, no haría en la vejez sino

continuar su curso. Por eso las personas mayores la valoran por encima de lo que objetivamente indicaría su confort. La idea de abandonarla provoca en general un hondo rechazo, aun cuando resulte deficitaria en instalaciones (por ejemplo, pisos sin ascensor) o posea unas dimensiones excesivas para estar habitadas por ellas solas. El apego por el espacio donde han residido “siempre” es enorme, y no merma sino que tiende a reforzarse cuando de la etapa matrimonial se pasa a la viudedad. Entiéndase por ese espacio no únicamente la vivienda sino también el pueblo o barrio donde se sienten integradas. ¿Por qué habrían de abandonarlos sin que exista una necesidad imperiosa?, se preguntan los actores sociales. Las personas mayores no quieren dejar su entorno ni exponerse al riesgo de aislamiento social que posiblemente entrañaría un cambio de domicilio:

Yo hasta ahora no tengo problemas. Vivo... hombre, siempre me acuerdo de..., pero muy a gusto, muy a gusto, la verdad, porque no tenemos otra solución. Mi hijo dice: “*papá, vente aquí*”; digo: “*no, no, yo estoy aquí a gusto*”, y luego que vivo en un sitio con buena gente, que a mí me quiere todo el mundo... Y esta es mi vida, digámoslo así. No tengo problemas con nadie, tengo buenos amigos... En fin... verdaderamente, bien (GR6:12).

Entienden, además, que en ningún otro sitio se encontrarían mejor que en el propio hogar. En él disponen de la tranquilidad y de la privacidad que ninguna otra forma de vida les garantizaría. Si se mudasen con familiares tendrían que aguantar un continuo ajetreo, caso de haber nietos pequeños. Pero aunque no los hubiera, estarían obligadas a compartir techo y paredes con personas en muchos casos extrañas, como son los yernos y las nueras, a los que quizás apenas conozcan:

Porque la verdad sea dicha, yo soy de la opinión que... A mí no me gusta mandar en casa de nadie. Si a lo mejor mi nuera tiene allí cuadros colgados y a mí no me gustan, y a ella le gustan, ¿por qué tengo yo que decir nada del cuadro? Digamos, ¿no?, pero que nos gusta mandar, a las viejas nos gusta mandar en muchos sitios. Así de claro.

Sí que es verdad.

¡Es que es así!

No pero que normalmente, si son buenas, son maravillosas.

Yo por ahí he tenido suerte, gracias a Dios. Y los yernos, inmejorables.

Yo como... vamos, que los trato poco...

¿Los trata poco?

Los trato poco porque, como viven en los pueblos, pues cuando vienen, vienen de visita y se van de visita y ya está.

De visita todo el mundo es bueno...

Je, je, je, je.

... ¿Es mentira o no? Lo que hay es que convivir con las personas, hasta ver cómo somos (GR8:32-33).

Mejor entonces que cada cual continúe en su domicilio. Así protegen su intimidad y evitan quebrantar la de los seres queridos. Si se instalaran con ellos, afirman las personas mayores, escucharían sus cosas aun sin desearlo y las discusiones cotidianas (sea de hija y yerno, hijo y nuera o con los nietos) terminarían afectándoles. Incluso podrían llegar a pensar que es su presencia en aquella vivienda la causa fundamental por la que estarían riñendo. ¿Para qué exponerse a este riesgo?, se preguntan:

Yo no, yo estoy muy a gusto en casa de mi hijo, muy a gusto...

Bueno, estamos todas.

... Pero considero que a lo mejor ellos no lo están tanto. Porque yo si veo por ejemplo que el matrimonio riñe, pienso que a lo mejor es por mi culpa...

¡Pero no es por culpa de una!

Eso *pásame* a mí también.

... Con cualquier cosa... Y oye, alguna *cosina* siempre hay. Yo llevé muchos años casada y a veces reñíamos.

Yo no me meto en cosas de su vida.

Ya, ya, pero quiero decir que no quiero ver a nadie estar sufriendo porque si discuten y se enfadan o lo que sea, la que sufre soy yo. Y estando en mi casa, la mitad de las veces no lo sé.

Bueno pero no hay que pensar que si discuten es por una. Que en todos los matrimonios se discute, en todas las casas. Yo quiero vivir sola porque quiero hacer mi vida, a mi manera, ir a un lado o a otro, salir y entrar...

Claro.

Sí (GR4:6).

Además, como cada generación tiene su modo de pensar y de actuar, compartiendo la vivienda surgirían posiblemente desavenencias, incluso con los seres queridos. La convivencia generaría problemas, temen, empezando por lo difícil que a ellas mismas les resultaría amoldarse a unas normas y unas costumbres con las cuales no simpatizarían quizás demasiado. Prefieren entonces seguir en casa, aunque solas, a fin de proteger el bienestar relacional con la familia:

Ahora, lo que hay es que convivir con la persona, porque la convivencia es muy mala.

Es muy trabajosa...

Es muy dura. Muy dura, muy dura, muy dura.

... Muy dura. Muy dura. Y ya te digo, que yo tengo dos hijas yo no tengo queja con ninguna de las dos. Son las dos cuan mejores. Y cualquier cosa están pendientes...

Y si la tienes que tienes que aguantar.

Me tienen que aguantar a mí.

Y tú tienes que aguantarlas a ellas.

Y yo tengo que aguantarlas a ellas. ¡Si yo tengo que aguantar hasta a mi nieta ya!

“¿Abuela que por qué haces esto?”

¿Ves?

¿Entonces qué tipo de convivencia es la dura?

Cuando tú convives... El vivir con una persona, según la genialidad que se tenga, hay tropiezos (GR8:33-34).

El conflicto familiar es un riesgo en potencia que las personas mayores no quieren sufrir con tal de saberse acompañadas de noche o estar permanentemente atendidas. Pero su idea de permanecer en casa mientras puedan se ve fortalecida por otra sincera voluntad: facilitar la vida a sus familiares, o al menos no complicársela con la mudanza. Las personas mayores dan por hecho que desorganizarían el hogar que los acogiese y, sobre todo, que motivarían el sacrificio de los seres queridos sobrecargándoles de trabajo doméstico o haciéndoles renunciar a determinadas prácticas de ocio:

Yo mi caso es parecido. Ya desde el primer momento les dije que quería... no quería vivir con nadie. Yo he ayudado a todos, pero... Que todos vinieran a mi casa, pero yo no quería estar pendiente de nadie. Y bueno... A mí me pasa que si estoy en casa de un hijo o de una hija, a veces pienso que... no es que me digan nada, ni nada, pero si a lo mejor veo que no salen, pues pienso “no salen porque estoy yo aquí... y por acompañarme”, o quieren salir y yo no tengo ganas. Y me parece que les corto la vida un poco. Prefiero estar sola. Mi casa es para todos; los que quieran venir... (GR4:5-6).

No quieren alterar la vida familiar, así es, aunque hay quienes llevan al extremo este deseo y afirman que la clave está en que las personas mayores molestan en cualquier casa que no sea la suya. Se trata de una crítica efectuada, no a la familia propia, sino a la sociedad en general, que suele acompañarse del recuerdo idílico de épocas pasadas en las que los ancianos mandaban en casa y eran mucho más respetados que hoy:

Hoy ya la gente joven no nos quieren a nosotros. Sálvese la que pueda y el que pueda. Es diferente. Hoy un viejo... una persona mayor...: “eh, *quitate de ahí que estorbas, ponte en aquel lado, quitate de aquí, vete al parque que estoy fregando*”. Y así es.

Sí, es que es así.

“*Ahí te quedas que nosotros nos vamos de marcha. Quédate con las nietas ahí, con las niñas jugando*”.

Antes se respetaba más a los padres.

Sí, verdaderamente, verdaderamente se les respetaba más porque no había otra solución.

Antes se les tenía más respeto de los hijos a los padres que hoy. Hoy...

No, claro.

Hoy nada más que te chillan. Y te pasas un poquitín y te están llamando la atención. Y antes no, antes había mucho más respeto. Yo, mi padre murió con 72 años y le hablaba de usted (GR6:23).

La vida en solitario de las personas mayores también se ve alentada por el incremento de la actividad laboral femenina. Antes no era demasiado frecuente que las hijas estuvieran insertas en el mercado de trabajo, de manera que solían permanecer en la vivienda ejerciendo como amas de casa. Quien se mudaba con ellas se aseguraba su compañía. Pero la cosa ha cambiando y cada vez más personas mayores tienen a todas sus hijas (e hijos) empleadas y, por consiguiente, ausentes de su domicilio gran parte de la jornada. Este vacío resta atractivo a la convivencia intergeneracional porque, para estar solas en otro hogar toda la mañana y quizás por la tarde, mejor continuar en el propio:

Porque no me puedo ir a vivir, con ninguno. Vamos a ver, con la que está en Campillo trabajando en la farmacia, ¿qué hago yo allí? Ella tiene dos hijas y la otra también las tiene.

Y vas a estar solo todo el día lo mismo que en tu casa.

Si yo me voy a Barcelona con mi otra hija, el marido y ella salen a las seis o a las siete y llegarán a las seis o a las siete de la tarde. ¿Qué hago yo allí? (GR5:26).

Por todas estas razones existe el convencimiento de que lo más adecuado es permanecer en casa bien sea disfrutando de la soledad, si les apetece, o bien aguantándola, si no se acaban de adaptar a ella. Es lo sensato, coinciden en admitir, y generalmente lo que en verdad prefieren, pues tienen la oportunidad de desarrollar un envejecimiento más activo del que podrían mantener yéndose con familiares u optando por la institucionalización: más activo porque deciden por sí mismas sobre lo que les concierne, desde los asuntos trascendentales hasta los más triviales.

RECLAMO DE LIBERTAD, INDEPENDENCIA Y AUTONOMÍA

Lo que las personas mayores hacen es reflexionar sobre sus circunstancias personales, familiares y sociales, valorando sus necesidades y sus recursos y adoptando el estilo de vida que, según estiman, más les conviene. Cuando desaparece la pareja, cada vez más eligen el vivir solitario porque, aun con sus riesgos y sus problemas (sentimiento de soledad, indefensión o aislamiento social, entre otros, cuyo análisis rebasa los objetivos y el espacio de este trabajo), es el que más les permite el autogobierno. Envejecer solas, lejos entonces de ser algo penoso, pasa a suponer para muchas un atractivo desafío:

¿Y qué es lo mejor que tiene vivir solo, comparando por ejemplo su situación con la de otros viudos que vivan con algunos familiares?

Pues mi situación de vivir solo, por ejemplo, si hablo yo primero, es que no les molesto. La primera: no les molesto para nada, ¿eh?. La segunda, que...

Independencia también.

Ya has contestado por mí. Ya has contestado por mí. Es la independencia.

Claro.

Y entonces...

Que haces lo que te da la gana.

Entonces... Esa es la tercera, que voy y hago lo que a mí me parece. ¿Que eres bueno?, "está bien". ¿Que eres malo?. "Fastídate Raúl, mañana hazlo de otra forma".

Y vamos así llevando la vida. Yo hablo por mí, los demás... (GR2:14-15).

Debe enmarcarse todo ello en el proceso de modernización que experimenta la sociedad española, un proceso que las personas mayores impulsan como las que más, concibiendo la viudez no como la antesala de la muerte sino como una etapa más de la vida dotada de contenido. La viudedad no solo ha cambiado de estampa, disociándose del negro riguroso en el vestir, sino también de sentido. La resignación que solían asumir tradicionalmente las personas cuando fallecía la pareja está cediendo terreno a la iniciativa individual. Su pérdida puede sufrirse profundamente, pero tras un tiempo de asimilación sucede la recuperación anímica porque, como recogen los discursos, "hay que vivir lo de ahora":

Pues yo trato de olvidar todo eso, lo mucho que pasé. Yo trato de olvidarlo. Hay que vivir lo de ahora, y pasarlo bien.

Yo igual, yo prefiero no hablar de ello. No recordar aquello. ¿Recordar para qué?, ¿para ponerse una mala pensando?

Que tienes que vivir sola porque tú quieres y porque no te vas a ir a vivir, teniendo una casa, con tu nuera y con tu yerno (GR4:8).

Se están modificando mentalidades y estilos de vida que venían siendo mantenidos por costumbre, entre ellos el pasar a convivir de manera inmediata y definitiva con parientes tras enviudar. Es así como muchas personas mayores constituyen la primera experiencia de envejecimiento solitario en su línea familiar, sin que por ello se sientan abandonadas a su suerte, desamparadas por los suyos o marginadas por la sociedad. Antes al contrario, lo que perciben es que ninguno de sus antepasados pudo mantener un envejecimiento mejor que el suyo. Esta impresión choca con la imagen social que se tiene de las personas mayores solas, una imagen que suele resultar negativa al asociarse con la tristeza, la soledad interna y la pobreza. Son prejuicios y estereotipos que convendría erradicar:

Mira, la gente mayor que vive... Sí, a lo mejor la gente dice "vive sola, ay qué pena". Pero no, no es así, te acostumbras, pero... Antes no se quedaba una mujer sola en casa, porque siempre había hijos, había tíos, había no sé quién que los recogían. Pero eras allí... ¿qué eras, el trasto? Y ahora estás en tu casa y no eres trasto de nadie: eres tú (GR4:21).

La separación residencial sustituye a la convivencia tradicional de las generaciones porque las condiciones de vida de la población española en general y de las personas mayores en particular han mejorado considerablemente. He aquí el soporte del nuevo marco relacional establecido entre las personas mayores y la familia: su posición económica autosuficiente, gracias al sistema público de pensiones. Ello contrasta con el estado dependiente de los allegados en que solía transcurrir la vejez en el pasado, cuando para subsistir no había más remedio en general que convivir. No es que la independencia residencial no apeteciera antes a las personas mayores, sino que resultaba materialmente inviable para el grueso de ellas dada su falta de recursos propios:

Aparte de eso, claro, que ahora vivimos de lo nuestro y antes no había...
 Y antes no había, eso.
 Claro.
 ... Entonces había que ir a que te cobijase quien fuese.
 Que las mujeres antes no trabajaban fuera como trabajan ahora.
 Ahora no dependemos de los hijos. Vamos, que podemos pasar sin depender de los hijos.
 Y ahora tenemos nuestra... tenemos nuestra paguita, disfrutamos de ella.
 ¡Eso, eso es!
 Hacemos con ella lo que queremos... Yo por lo menos, porque nadie me pregunta... nadie me pide explicación.
 Eso es (GR4:9).

La disponibilidad de ingresos propios ha contribuido decisivamente al nuevo sentido que las personas mayores otorgan a la viudedad. Al fallecer la pareja afrontan la situación, no sin dificultad, como un suceso amargo pero que deben superar. Se adentran en otra etapa de sus vidas, desarrollada en solitario y a la que quizás no vean nada positivo al principio, pero a la que en general terminan amoldándose y apreciando lo que llega a ofrecerles: continuar en su hogar, manteniendo el tipo de vida que les apetece y no sometiéndose a las normas y costumbres de nadie. Emerge un sentimiento de libertad que no disfrutarían en el caso de instalarse con familiares o en una institución:

La libertad que tienes.
 Que haces lo que te da la gana.
 Y que haces lo que te da la gana.
 Yo que me acuesto a la hora que quiero, me levanto, como lo que quiero...
 Comes lo que quieres, te acuestas cuando te da la gana...
 Si tienes ganas de tomar café tomas café, si no, bebes agua...
 Lo que tú quieras, haces lo que te da la gana.
 Si quieres comer, comes, si no quieres comer, no comes, si te quieres dormir te duermes, si quieres estirar los pies los estiras...
 Y ya está.

... Y haces lo que te da la gana.

Je, je. Así es.

Así es.

Es una libertad.

¿Eso es lo mejor que tiene vivir solas?

Sí, sí, sí, sí, sí.

Claro.

Sí.

La libertad que no se ha tenido nunca.

¿La libertad que no se ha tenido nunca?

Sí, sí, sí.

Claro, la libertad. Yo por lo menos estoy viviendo ahora la libertad que no he tenido nunca (GR8:48-49).

Formamos parte de una sociedad que concede un valor supremo a la independencia y a la libertad. Por eso, aunque haya personas mayores que prefieren la tradicional convivencia entre generaciones, portan una voluntad cada día menos común. Porque residiendo en el hogar propio, además, obran con autonomía. Habida cuenta de que viven solas, nadie ha de entrometerse en sus cosas, sus ideas, sus valores, sus creencias, sus aficiones o sus manías. Nadie les dicta qué comer, ni cuestionan la hora en que se acuestan o se levantan, ni tienen por qué saber adónde van cada vez que salen a la calle. “*Haces lo que te da la gana*”, reiteran en los discursos, lo cual choca con el tener que acoplarse a las normas y costumbres de aquellos familiares en cuyo domicilio habitarían, caso de mudarse:

Bueno, que haces lo que te da la gana. Te levantas a la hora que te da la gana, marchas y vienes y nadie te molesta.

Nadie te riñe.

Nadie. A lo mejor te quedas viendo la televisión, o lo que sea, y nadie te dice nada.

Eso, eso, eso.

Ni los vecinos, tampoco. No tengo. Si vas *enfilao*, no se entera ni Dios.

Da igual la hora que te dé con la radio o la televisión, que nadie te contesta “*¡oye, déjame dormir!*”. No, estando solos no.

No molestas.

Estamos en casa bien (GR1:9).

No resulta fácil vivir en solitario tras enviudar, y menos todavía a una edad avanzada, pero cada vez más mujeres están dando ese paso. Y también afronta la situación una cifra de varones en aumento, salvando obstáculos como jamás lo hubieran hecho de haber vivido en otro tiempo. Aquellos que en la etapa matrimonial nunca realizaron tareas domésticas, se topan con un serio problema: o aprenden a desempeñarlas o

lo tienen complicado para seguir en casa. Pues bien, cada vez hay menos actitudes empecinadas al respecto. A nivel discursivo resulta muy significativo que, frente al “yo nunca freí ni un huevo”, se abra camino el “oiga, pero todo se aprende, ¿eh?”, portando una nueva mentalidad decisiva para comprender por qué crece la proporción de viudos residiendo solos. El cambio social también les compete a los hombres, y por eso cada día son menos los que renuncian a envejecer en su vivienda tras fallecer la esposa:

Yo no he cocinado nunca, ¿eh?

Yo tampoco fui nunca cocinero.

¡No, pero yo cocino también!

Ya, ya, ya, ya.

Yo según qué cosa.

Yo aprendí a cocinar.

Pues yo nunca freí ni un huevo, nunca.

Je, je, je.

Mira, ¿qué crees tú que voy a aprender?. Yo, la primera vez que ingresó la mujer allí en el hospital tuve que llamar a la vecina para que me enseñara cómo se encendía la cocina de gas. ¡No lo sabía! Así que fijate tú que...

Oiga, pero todo se aprende, ¿eh?

Sí, sí, sí, sí.

Ya lo creo, sí (GR2:25).

DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS

Para Giddens (2005:65), “de todos los cambios que ocurren en el mundo, ninguno supera en importancia a los que tienen lugar en nuestra vida privada (en la sexualidad, las relaciones, el matrimonio y la familia). Hay en marcha una revolución mundial sobre cómo nos concebimos a nosotros mismos y cómo formamos lazos y relaciones con los demás”. Pues bien, nuestros resultados sugieren que es una “revolución” de la que participan también las personas mayores, reclamando derechos que antes ocupaban un orden secundario frente a la necesidad material de subsistir: la libertad, la independencia y la posibilidad de regir por sí mismas su destino, incluso tras enviudar, un destino que evitan delegar en familiares (si se mudaran a sus viviendas) o en desconocidos (si fueran a una residencia). Prefieren seguir en casa y cuestionan, cuando reflexionan sobre su soledad, por qué habrían de ser acogidas por nadie estando bien de salud y teniendo recursos económicos suficientes.

Esta reivindicación, manifiesta en los discursos, les convierte en impulsoras de un cambio social bastante profundo en las formas de envejecimiento y los estilos de vida en general que se desarrollan en las edades avanzadas. Es un cambio, por otro lado, ligado a un proceso social de gran calado en la era contemporánea, la individualización. Según Beck-Gernsheim (2003:88), ha supuesto para las personas ganancias en espacios de

acción y en posibilidades de elección puesto que “a medida que progresa la modernidad se exige, cada vez más, una gestión activa y autoguiada de la propia vida”. Es un reto que vienen asumiendo las personas mayores en España. Por eso cuando enviudan, dado que ya no necesitan el cobijo material de la familia ni se ven obligadas a entablar otra relación de pareja si no es esa su voluntad, de ahí la escasez de nuevas uniones que constatan los estudios (Ayuso 2011; Sánchez Vera y Bote 2007; Spijker 2007), salen adelante por sí solas. El “despertar del individualismo” alimenta, en efecto, la “cultura de la libertad” (Beck y Beck-Gernsheim 2003:32).

Va expandiéndose así la independencia residencial entre las generaciones, recogiendo el deseo de los individuos, entre ellos los de edad avanzada, de trazar la existencia según ellos mismos. Esta aspiración no concuerda con los modelos tradicionales de vida familiar, de ahí que los hogares multigeneracionales, que tan comunes fueron siempre en la sociedad española, disminuyan. Ello sitúa a las personas mayores como activos partícipes de la transformación social contemporánea, lo que choca con la imagen estática y pasiva que de ellas suelen proyectar los medios de comunicación, parte del discurso político y hasta del científico. En la propia sociología, cuando se analiza el cambio familiar y la modernización social, se destaca la contribución de los individuos jóvenes y los adultos, pero a los de edad elevada apenas se les da cabida en ese proceso. Quizás no se haya escuchado lo suficiente a las personas mayores, cuyos discursos revelan que también están implicadas en él, sean hombres o mujeres y habiten en el medio (rural o urbano) en el que habiten.

De acuerdo con Giddens (1995:26), “la modernidad es un orden postradicional en el que a la cuestión ‘¿cómo he de vivir?’ hay que responder con decisiones tomadas cada día sobre cómo comportarse, qué vestir, qué comer (y otras muchas cosas)”. En este sentido, añade Castells (2007:46), “cada persona puede y debe gestionar las contradicciones de su propia existencia, concebir sus proyectos y luchar por ellos, cambiando las condiciones objetivas a partir de su fuerza subjetiva”. Son las coordenadas que sustentan las estrategias vitales de unas personas que, por longevas que sean, contribuyen al cambio social y no deben concebirse como seres pasivos y resignados, sino modernos. Por eso, cada vez más eligen seguir solas en casa tras enviudar, porque no existe otra forma de vida que garantice tanto ese derecho a sentirse libres, independientes y autónomas que tanto apreciamos hoy día. Permaneciendo en su hogar, asimismo, mantienen los vínculos con el entorno social, algo determinante en su calidad de vida. El estudio de Utz *et al.* (2002:530), en efecto, destaca la importancia de la participación social informal (relaciones cotidianas con los vecinos, los amigos y familiares como los hermanos) para las personas mayores viudas.

CONCLUSIONES

Las formas de vida que se adoptan tras enviudar reflejan la modernización social a la que tiende, de modo silencioso y quizás inadvertido, la vejez española. Las personas mayores están rompiendo con actitudes y con comportamientos respecto a la familia y a la sociedad que estaban sumamente arraigados en la cultura de la viudedad. Lo moderno (el deseo de ser libres, independientes y autónomas), toma el relevo de lo tradicional (la búsqueda de protección material en la familia tras desaparecer el cónyuge). Se transforman los hábitos y la mentalidad porque, en el seno de una sociedad cada vez más permisiva, la viudedad deja atrás su aspecto más sufrido para adoptar unas pautas modernas en las que prima la voluntad de los individuos y no tanto su contención. Si en el pasado enviudar representaba para muchos individuos la antesala de su propia muerte, en la actualidad se concibe como el tránsito hacia otra etapa más de la vida, que quizás se extienda durante décadas. En el momento de su 65 cumpleaños, por ejemplo, a cualquier mujer casada seguramente le esperen más años de viudedad que de matrimonio. Se expande un sentimiento colectivo que valora el presente y mira al futuro, dotando de contenidos a la trayectoria vital propia aunque deba transcurrir ya sin la pareja.

Como argumenta Roussel (1989:273), la época contemporánea ha cambiado la obsesión por la muerte por las incertidumbres de la vida, pero “todos” queremos decidir sobre lo que nos incumbe por nosotros mismos, regir nuestra existencia. En ese “todos” ha de incluirse a las personas mayores. Como quiera que “las reglas tradicionales dejan poco espacio libre para los deseos personales” (Beck y Beck-Gernsheim 2001:116), en efecto, ha entrado en desuso la convivencia intergeneracional para expandirse, en contrapartida, la vida en solitario. Es una tendencia enmarcada en la “intimidad a distancia” por la que apuestan las generaciones: independencia residencial; pero sin que implique una merma considerable de contactos, el desinterés mutuo, ni el desamparo. Las encuestas dicen que la frecuencia relacional sigue siendo elevada en la familia española, aun cuando no se conviva (Pérez Ortiz 2006:51). Todo ello ha favorecido una valoración social de la vida en solitario mucho más positiva que antaño. Obsoletas han quedado alusiones sociológicas a ella tan pesimistas como las efectuadas, todavía en los años ochenta, tanto en España (Díaz Casanova 1989:108-109; Redondo 1985:171) como en el extranjero (Paillat 1983:10).

Si antes la vida solitaria resultaba “excepcional y difícilmente concebible”, en palabras de Flaquer (1998:85), ahora está cobrando tal auge que lo extraño ha pasado a ser que las personas mayores, al enviudar, dejen su vivienda y se muden con familiares sin que exista una causa de fuerza mayor (graves problemas de salud). Ocurre así porque lo que tiende a valorarse primordialmente no son las atenciones que procurarían la convivencia, sino la posibilidad de envejecer en casa, aun sin compañía. Es la fórmula residencial que más favorece un estilo de vida activo y autónomo, cuya demanda constituye, de hecho, una de las claves a la hora de interpretar la viudedad y la vejez en la

sociedad española actual. Las personas enviudan más tarde que nunca, pero llegado ese momento la pretensión de seguir en su domicilio, integradas en su entorno social de siempre, jamás había sido tanta. Es así, partícipes de una sociedad compleja, que "personas relativamente mayores siguen tejiendo su biografía" (De Miguel 2001:126).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antonucci, T. C., K. S. Birditt, C. W. Sherman and S. Trinh. 2011. "Stability and change in the intergenerational family: a convoy approach". *Ageing and Society* 31:1084-1106.
- Alonso, L. E. 1998. *La mirada cualitativa en sociología*. Fundamentos: Madrid.
- Attias-Donfut, C. et S. Renaut. 1994. "Vieillir avec ses enfants. Corésidence de toujours et recohabitation". *Communications* 59:29-53.
- Ayuso Sánchez, L. 2011. "Las redes de apoyo social en los procesos de emparejamiento en la viudedad en España". Pp. 251-283 en *Las redes de apoyo social*. Navarra: Thomson Reuters.
- Beck-Gernsheim, E. 2003. *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. y E. Beck-Gernsheim. 2001. *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. y E. Beck-Gernsheim. 2003. *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Beltrán, M. 2005. "Cinco vías de acceso a la realidad social". Pp. 15-55 en *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*. Madrid: Alianza.
- Bengtson, V. L. 2001. "Beyond the nuclear family: the increasing importance of multigenerational bonds". *Journal of Marriage and Family* 63:1-16.
- Bericat, E. 1998. *La integración de los métodos cuantitativo y cualitativo en la investigación social*. Ariel: Barcelona.
- Bourdieu, P. 1993. *La misère du monde*. París: Éditions du Seuil.
- Bourdieu, P. 2000. *Les structures familiales de l'économie*. París: Éditions du Seuil.
- Castells, M. 2007. "Ser mujer". Pp. 15-47 en *Mujeres y hombres: ¿un amor imposible?* 1.ª ed. Madrid: Alianza.
- Castro Martín, M. T. 1999. "Pautas recientes en la formación de pareja". *Revista Internacional de Sociología* 23:61-94.

- De Miguel, A. 2001. *La vida cotidiana de los españoles en el siglo XX*. Barcelona: Planeta.
- Del Barrio Truchado, E. y A. Abellán García. 2009. "Indicadores demográficos". Pp. 33-66 en *Las personas mayores en España. Informe 2008*. 1.ª ed. Madrid: Imsero.
- Díaz Casanova, M. 1989. "Envejecimiento de la población y conflicto entre generaciones". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 45:85-113.
- Díez Nicolás, J. 1997. "La estructura de los hogares españoles". Pp. 145-166 en *Dinámica de la población en España*. 1.ª ed. Madrid: Síntesis.
- Elman, C. and P. Uhlenberg. 1995. "Co-residence in the early twentieth century: elderly women in the United States and their children". *Population Studies* 49:501-517.
- Flaquer, L. 1998. *El destino de la familia*. Barcelona: Ariel.
- Giddens, A. 1995. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Giddens, A. 2005. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Glaser, B. y A. Strauss. 1999. *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine.
- Grundy, E., M. Murphy and N. Shelton. 1999. "Looking beyond the household: intergenerational perspectives on living kin and contacts with kin in Great Britain". *Population Trends* 97:19-27.
- Ibáñez, J. 2002. *Por una sociología de la vida cotidiana*. Madrid: Siglo XXI.
- Ibáñez, J. 2003. *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- Iglesias de Ussel, J. 1998. *La familia y el cambio político en España*. Madrid: Tecnos.
- Inoue, S. 1997. "La population du Japon: reflux et vieillissement". Pp. 225-243 en *La population du monde. Enjeux et problèmes*. 1.ª ed. París: INED.
- Kaufmann, J. C. 1994. "Vie hors couple, isolement et lien social: figures de l'inscription relationnelle". *Revue Française de Sociologie* XXXV:593-617.
- Kramarow, E. 1995. "The elderly who live alone in the United States: historical perspectives on household change". *Demography* 32:335-352.
- López Doblas, J. 2005. *Personas mayores viviendo solas. La autonomía como valor en alza*. Madrid: Imsero.
- López Doblas, J. y M.ª P. Díaz Conde. 2009. "L'indépendance résidentielle des personnes âgées. Vers une homogénéisation européenne des façons de vieillir?". Pp. 243-269 en *Le solo dans tous ses états*. 1.ª ed. Québec: Presses de l'Université de Laval.

- Meil Landwerlin, G. 1999. *La postmodernización de la familia española*. Madrid: Acento.
- Monserud, M. A. 2008. "Intergenerational relationships and affectual solidarity between grandparents and young adults". *Journal of Marriage and Family* 70:182-195.
- Ortí, A. 1999. "La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social". Pp. 85-95 en *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. 1.ª ed. Madrid: Síntesis.
- Paillat, P. 1983. "Age et isolement". *Gérontologie et Société* 27:5-10.
- Pérez Ortiz, L. 2006. *La estructura social de la vejez en España. Nuevas y viejas formas de envejecer*. Madrid: Imserso.
- Redondo de la Serna, A. 1985. "Envejecimiento demográfico y cambio social". *Papers* 24:163-173.
- Requena, M. 1999. "Pautas contemporáneas de evolución de los hogares en España". *Revista Internacional de Sociología* 22: 33-65.
- Rosenmayr, L. et Köcheis, E. 1963. "Propositions for a sociological theory of ageing and the family". *International Social Science Journal* XV:410-426.
- Roussel, L. 1989. *La famille incertaine*. Paris: Odile Jacob.
- Sánchez Vera, P. y M. Bote Díaz. 2007. *Los mayores y el amor*. Valencia: Nau Llibres.
- Sánchez Vera, P., M.ª T. Algado Ferrer, F. Centelles Bolos, J. López Doblás y B. Jiménez Roger. 2009. *Viudedad y vejez. Estrategias de adaptación a la viudedad de las personas mayores en España*. Valencia: Nau Llibres.
- Solsona, M. y R. Treviño. 1990. *Estructuras familiares en España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Spijker, J. 2007. "Trayectorias familiares después de la viudedad en España. Marco teórico y factores determinantes". *Papers de demografia* 326:1-53.
- Utz, R. I., D. Carr, R. Nesse and C. B. Wortman. 2002. "The effect of widowhood on older adults' social participation: an evaluation of activity, disengagement, and continuity theories". *The Gerontologist* 42:522-533.
- Valero, A. 1995. "El sistema familiar español. Recorrido a través del último cuarto de siglo". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 70:91-105.
- Valles, M. S. 1997. *Técnicas cualitativas de investigación social: reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Vollset, S. E. 2008. "Baisse générale de la mortalité adulte en Europe de l'Ouest: les espagnols et les suédois tiennent la tête." *Population et Sociétés* 450:1-4.

JUAN LÓPEZ DOBLAS es Doctor en Sociología por la Universidad de Granada. Profesor Titular de Universidad. Universidad de Granada, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Departamento de Sociología. Premio IMSERSO *Infanta Cristina 2004* (modalidad de Estudios e Investigaciones Sociales). Principales líneas de investigación: Sociología del Envejecimiento, Sociología de la Familia y Sociología de la Población.

MARÍA DEL PILAR DÍAZ CONDE es Doctora en Psicología por la Universidad de Granada. Profesora Colaboradora. Universidad de Granada, Facultad de Ciencias del Trabajo, Departamento de Psicología Social. Principales líneas de investigación: envejecimiento activo, relaciones y programas intergeneracionales.

RECIBIDO: 26/04/2011

ACEPTADO: 11/01/2012

Publicado on-line: 09/10/2012